

**JESÚS ZAMORA
BONILLA**

En busca del yo

El mito del sujeto y el libre albedrío

EN BUSCA DEL YO

EN BUSCA DEL YO

El mito del sujeto y el libre
albedrío

JESÚS ZAMORA BONILLA

Shackleton
— b o o k s —

En busca del yo

© Jesús Zamora Bonilla, 2018

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
— b o o k s —



@Shackletonbooks

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera

© Ilustraciones: Jordi Dacs

Conversión a ebook: Iglú ebooks

© Fotografías: Todas las imágenes de este volumen son de dominio público a excepción de las de las páginas: 22 (Fedor Selivanov/Shutterstock), 48 (Matthew Breindel/Matro en en.wikipedia (Trabajo propio) [GFDL o CC-BY-SA-3.0]/Wikimedia Commons), 53 (Xavier Gigandet et. al. [CC BY 2.5]/Wikimedia Commons), 101 (David Orban, davidorban on flickr.com [CC BY 2.0]/Wikimedia Commons).

ISBN: 978-84-1361-208-9

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Este libro se enmarca en los proyectos de investigación del Gobierno de España, FFI2017-89639-P («Mecanismos en las ciencias: de lo biológico a lo social») y RTI2018-097709-B-I00 («Racionalidad y contraconocimiento: epistemología de las fake news»).

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción. Tu cerebro y tú

El cerebro, ese lugar que habitas

Pero ¿quién habita en el cerebro?

El mito del espíritu

La creencia en el alma

Vivo sin vivir en mí

¿Cómo se percibe el cerebro a sí mismo?

El mito del ordenador

Cerebros electrónicos

Computacionalismo y conexionismo

¿Podrás grabar tu mente en un ordenador?

Mentes sin cuerpo. Cuerpos sin mente

La esencia del yo: consciencia y libertad

Cerebros en una cubeta

Solipsismo e idealismo

La rebelión de los zombis

Pampsiquismo: ¿mentes por todos lados?

Ciencia y consciencia

La materia con la que se fabrican los sueños

La consciencia como «información integrada»

La consciencia como «espacio global de trabajo»

La ilusión del libre albedrío

La noción filosófica de «libre albedrío»

Determinismo e indeterminismo

El libre albedrío y las leyes de la naturaleza

¿Es el libre albedrío un «fenómeno emergente»?

Tomando decisiones

La libertad en el laboratorio

La función del placer y el dolor

Motivación, consciencia y memoria

¿Y qué pasa con la culpa?

Epílogo. Pero, en definitiva, ¿quién soy yo?

Apéndices

Si el cerebro fuera tan simple como para que pudiéramos entenderlo, nosotros seríamos tan simples que no lo entenderíamos.

GEORGE EDGIN PUGH

Si existe una comunidad de pequeños ordenadores viviendo en mi cabeza, me gustaría que hubiese alguien al mando de todos ellos; y, por dios, ¡preferiría que ese alguien fuera yo!

JERRY FODOR

Introducción

Tu cerebro y tú

El cerebro, ese lugar que habitas

Sin duda habrás notado una gran diferencia entre dos tipos de sucesos mentales. Por una parte, tienes muy claro que algunas cosas pasan «en tu mente». Por ejemplo, si ahora mismo empiezas a recordar cómo era el colegio en el que pasaste tus años de educación primaria, repasando con la memoria las aulas, los pasillos, los sonidos de la clase o del recreo, el olor de las tizas... toda esa experiencia mental de recordar la sientes de alguna manera «dentro» de ti. Puedes incluso cerrar los ojos y seguir «contemplando» esas imágenes. Si te preguntasen *dónde* estás «viéndolas» exactamente, seguro que la pregunta te parecería algo difícil de responder, pero, sea como sea, está claro que ese «lugar» no es la habitación que te rodea ahora, o el paisaje que se ve desde tu ventana ahora, sino algo «interior». En cambio, esa habitación, ese paisaje, sí que tienes muy claro que no están «en tu mente», sino ahí afuera. Para recorrerlos, no te basta con cerrar los ojos e imaginar, sino que tienes que moverte de un lado a otro, y lo que vas

viendo cambiará según te desplaces. La habitación, la calle, el campo... todo ello te parece obviamente «el exterior».

Lamento decirte que te equivocas de cabo a rabo. Lo que estás viendo al mirar por la ventana está tan dentro de ti, o de tu mente, como los recuerdos de tu colegio, y es muy sencillo demostrártelo. Coloca tu dedo índice extendido hacia arriba, justo a medio camino entre tu nariz y este libro. Mira a la punta de tu dedo con un ojo abierto y el otro cerrado. Verás que la palabra que hay justo encima de la punta de tu dedo cambia según mires con un ojo o con el otro (véase la figura 1). Ahora abre los dos ojos y enfoca tu mirada en una de las palabras que hay justo entre las otras dos. ¿Qué pasa entonces con tu dedo? Lo que pasa es que lo estarás viendo «doble», ves una imagen del dedo a la izquierda de la palabra que estás leyendo, y otra imagen a la derecha (véase la figura 2). Además, esas imágenes están un poco borrosas y parecen semitransparentes, pues, si sigues mirando al texto, y no al dedo, notas que el libro se sigue viendo, aunque un poco tapado, «a través» de las dos imágenes de tu dedo.



Figura 1: ¿Percibimos el mundo real? El experimento que acabamos de proponer te llevará a plantearte si tus percepciones se corresponden o no con el mundo real.

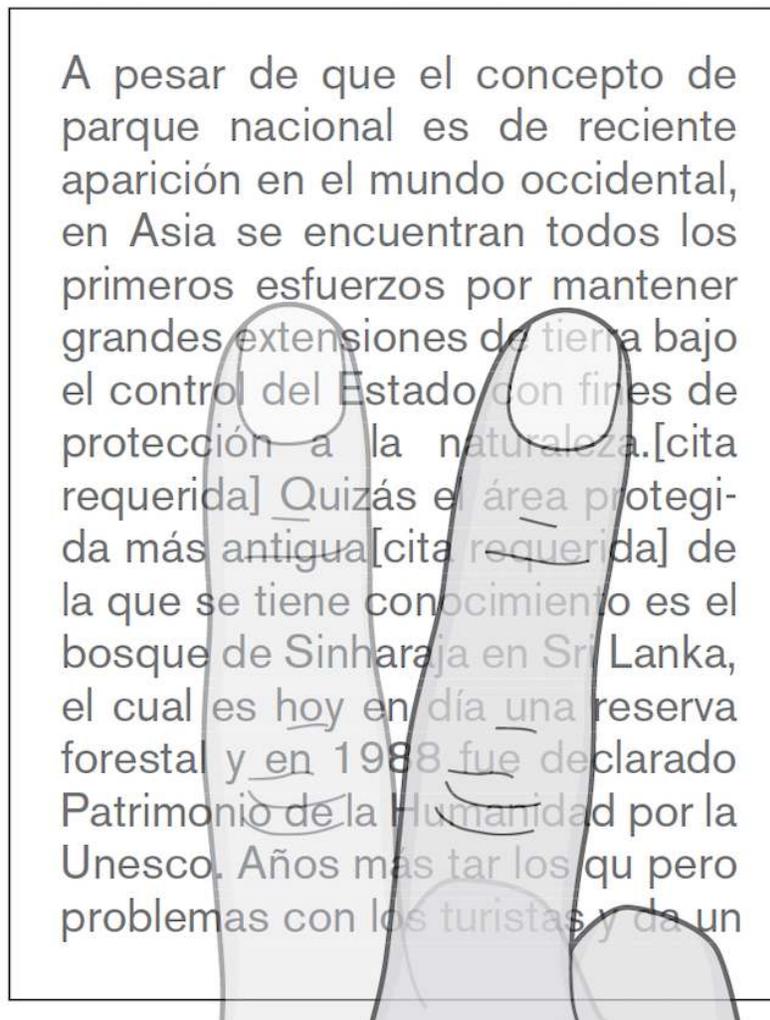


Figura 2: ¿Un dedo o dos?

Pero si tú solo has puesto *un* dedo índice entre el libro y tu nariz, ¿cómo es que ahí se ven *dos*? En realidad, claro está, solo estás viendo un dedo índice, el mismo dedo con los dos ojos, y desde una perspectiva ligeramente distinta; pero, aunque sabes que *dedo índice solo hay uno por mano*, hay alguna *otra cosa* de la que evidentemente lo que hay son dos. Puesto que dedo solo hay uno, y hay algo de lo que hay dos, ese «algo» no puede ser lo mismo que el dedo. Serán, efectivamente, «otras cosas». Además, cuando enfocas la mirada sobre el libro, el dedo lo ves borroso,

pero evidentemente a tu dedo real, faltaría más, no le ha pasado nada, no se ha «desenfocado». Pues bien, esas «otras cosas» de las que hay dos, emborronadas y semitransparentes, no pueden ser tu dedo, sino que son dos «*imágenes*» de tu dedo (llamémoslas así, sin que el nombre de momento quiera decir mucho), elaboradas cada una de ellas mediante un proceso cerebral distinto al de la otra. En realidad, cuando miras fijamente al dedo y solo ves uno, sigue habiendo dos imágenes, y el cerebro utiliza la información sobre cuánto tienen que girar los ojos y curvar el cristalino de modo que ambas imágenes estén bien enfocadas y superpuestas, con el fin de hacerte notar la distancia que hay entre los ojos y el dedo.

Esto mismo sucede con absolutamente *todo* lo que percibes: los objetos emiten montones de estímulos físicos (ondas electromagnéticas o sonoras que llegan a nuestros ojos y oídos, moléculas químicas que captan la lengua y la nariz, repulsión electromagnética que presiona nuestras terminaciones táctiles...), esos estímulos excitan ciertas neuronas de nuestros órganos sensoriales, que envían a su vez al cerebro ciertos patrones de excitación eléctrica. Tras una complejísima elaboración a través de numerosas áreas y capas de neuronas en el cerebro, algunos de estos patrones de excitación eléctrica se convierten en las «imágenes» que percibimos, o dicho de otro modo, en nuestro acto de percibir esas imágenes. Ese mundo que percibes es, por lo tanto, tan «interior» como tus actos de imaginar o recordar. Vives enteramente dentro de tu cerebro, percibiendo una «realidad virtual» que de modo intuitivo, instintivo, tomas como la «verdadera» realidad... hasta que has tenido la mala suerte de empezar a leer este libro. Pero no te preocupes: el instinto es tan irresistible que la magia que he conseguido crear durante unos segundos al ver cómo aparecían dos dedos índices ante ti, se deshará más rápido que un copo de nieve junto al fuego,

y en seguida volverás a *sentir* que tus percepciones son el mundo real.

Por supuesto, afirmar que lo que percibimos directamente son «imágenes», y no los objetos reales, no significa que nos equivoquemos cuando decimos «estoy viendo un avión cruzar el cielo» o «estoy oyendo el romper de las olas». Ocurre simplemente lo mismo, por ejemplo, que cuando ves algo en la televisión: tiene perfecto sentido afirmar que estás viendo marcar un gol, o a un político pronunciar un discurso, aunque lo que estás viendo «directamente» son puntos de colores proyectados sobre una pantalla. Tampoco hay que desesperarse con la cuestión de «cómo podemos saber algo acerca de las cosas, si todo lo que percibimos directamente de ellas son imágenes construidas por nuestro cerebro»: a Madame Curie tampoco la has visto nunca cara a cara, pero aun así puedes decidir con bastante seguridad si un determinado retrato es suyo o no; incluso podemos averiguar bastantes cosas sobre objetos que ni siquiera se pueden percibir estrictamente hablando, como por ejemplo el ADN o los electrones.

Uno de los primeros pensadores de los que se conservan sus reflexiones sobre la relación entre las cualidades que nosotros percibimos directamente y las cosas que percibimos gracias a ello, Aristóteles (siglo IV a. C.), defendía una tesis muy parecida a la del sentido común: los colores que vemos están en las cosas, y *a la vez* están «en nuestra mente». Por desgracia para Aristóteles (y para algún filósofo contemporáneo que intenta revivir su tesis, como el italiano Riccardo Manzotti), esta es una teoría que dejó de ser aceptable en cuanto se empezaron a descubrir los detalles físicos y fisiológicos del proceso de percepción, comenzando por el sabio musulmán Alhazén, quien alrededor del año 1000 estableció por primera vez que la visión está causada porque la luz emitida o reflejada por los objetos entra en el ojo, es refractada por el cristalino y

produce una imagen en la retina (hasta entonces, la teoría más habitual era que la visión funcionaba gracias a que los ojos emitían algún tipo de «rayos» o «tentáculos» que «tocaban» los objetos). El acto de percepción ocurre *después* del hecho que percibimos, y por lo tanto, ambos hechos no pueden ser «lo mismo».

Veamos un ejemplo un poco más sofisticado: cuando escuchamos una voz reflejada por el eco de un muro, decimos que estamos escuchando la voz, no el muro, pero si lo pensamos un poco, cuando *vemos* el muro, el estímulo que nos llega es la luz emitida por el sol y *reflejada* por el muro, igual que cuando me llega el sonido emitido por una persona y reflejado por el muro. ¿Por qué en un caso (el del sonido) nos da la impresión de que el objeto que vemos es el que *emite* el estímulo, y en otro caso (el de la visión) nos parece que es el objeto que percibimos el que se limita a *reflejar* dicho estímulo físico? Simplemente porque nuestro cerebro construye cada percepción de aquella forma en la que la información perceptiva nos resulta más útil. Si tuviera razón Aristóteles, y las cualidades sensibles que percibimos en los objetos estuvieran a la vez en nuestra mente y en el exterior, entonces, o bien las cualidades sensibles están en la fuente de los estímulos (el sol, o quien emite la voz), o bien están en el objeto que refleja los estímulos (el muro), pero no en uno de ellos para la visión y en otro para el oído. En definitiva, es mucho más sencillo aceptar que mi percepción no es *ninguno* de estos objetos (ni el sol, ni la persona, ni el muro), sino un proceso neuronal que ocurre en mi cerebro.

Pero ¿quién habita en el cerebro?

Este libro no es una novela policíaca, así que no hace falta esperar al final para resolver el misterio: de modo